

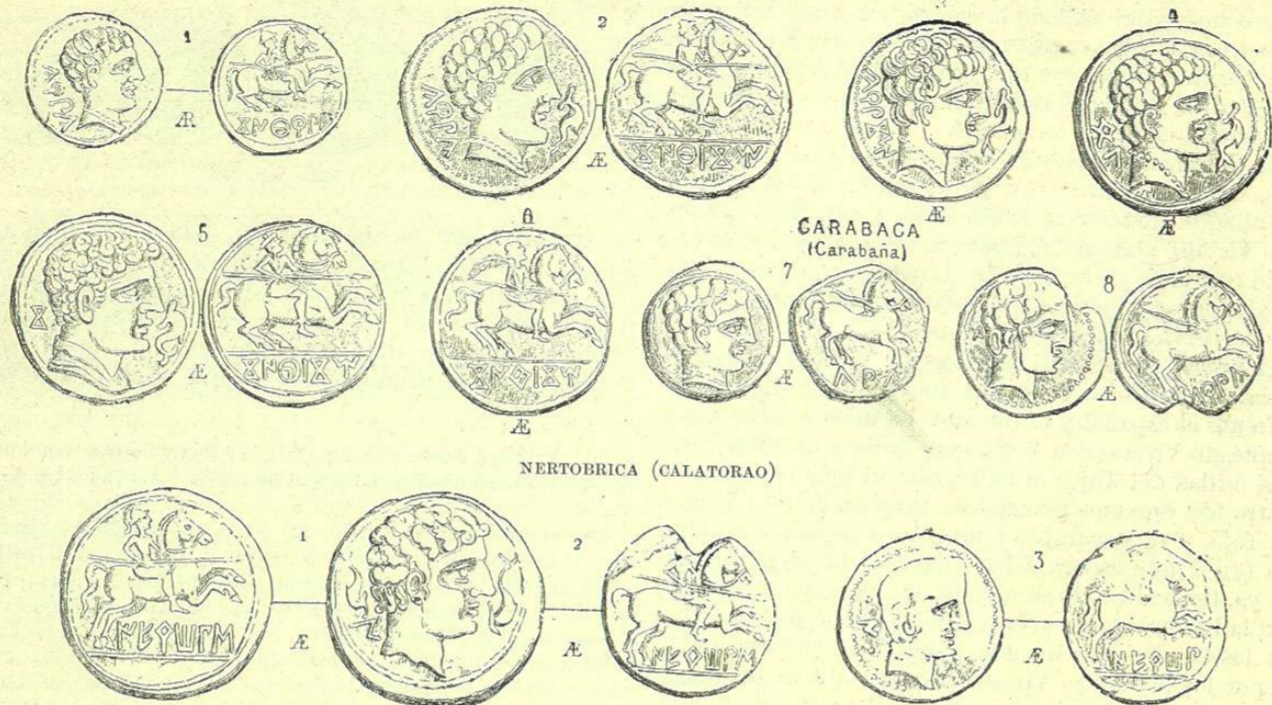
había seguido en Italia con Aníbal (1), como si por otro Aníbal tuviese á Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Así dejó espirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregar nuevas tropas, y mientras el cónsul hacia cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triccios, á los vaccéos y á los celtiberos á una alianza y gene-

ral confederación contra el comun enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria comun. Acudieronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoída.

Después de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtiberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nerto-

CARABACA Y CONTREBIA (CARABAÑA Y ZOZITA DE LOS CANES)



briga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion: indignados los habitantes de la traición de su compatriota, colocaron á sus hijos en el lugar mas peligroso del muro donde deberían perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso mas levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles (2).

Hacia entre tanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de Africa el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituceia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondia, despren-

(1) Cap. 4. lib. I del de esta Historia.

(2) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Víctor y Patérculo. Atribúyese tambien al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traía y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurion qué era lo que con aquellos movimientos se proponía: «*Quemaria yo mi camisa, respondió el cónsul, si supiese que en mis secretos tenía parte*»

diase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalacion, y tenia á los romanos en perpetua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal; donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cinesios ó cunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habian sido sordos á la voz de la union, levantada por Viriato, no se habian agrupado en derredor de aquel heroico jefe, como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad ni acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni, á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosaran sus bandos lo que habia sido de esperar, ni hacia mas que pelear brava, pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de la localidad predominaba todavia en aquellos españoles, para quienes parecia ser la mas difícil de las obras la union.

Mas ni por eso Viriato reposaba, ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza). Manteniase por él Erisana (3). Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como

(3) No hemos podido averiguar la situacion de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podian ser ciudades en el sentido y significacion que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo comun muchas de ellas á una aglomeracion de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acusa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso mas pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido (1). Entonces convidó con la paz á Serviliano. ¡Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza alevé del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasion para que dejara de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situacion no esperaria. Concertóse, pues, que los romanos conservarían lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habria paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato. Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debia ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabara de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podia haberse elegido un hombre ni mas inepto como guerrero, ni mas malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavia, que habia sido pactado por su hermano mismo, y que habia sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la majestad del pueblo romano aquella paz. Decia verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion; y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio mas de que la fe romana no rendia parias á la fe púnica, y de que Roma no marchaba por mas noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, habia renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con la escasa gente que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtiberos sus amigos, todavia acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña habia dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el eborde cónsul deshacerse por medio de una traición del mismo á quien no podia vencer con las armas. Vinóle bien que Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometia, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna tambien de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato y hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes mas ilustres que España ha producido: así pereció para baldon perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedicion entre sus tropas; nadie fué mas equitativo que él en la distribucion del botin.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador

(1) *Pacem á populo romano maluit integer petere quam victus*: dice Aurelio Víctor.

de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su traje, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envanecian, ni el alto puesto á que se elevó le ensoberbeció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, á quienes combatia, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festin, él ni soltó la lanza ni tomó mas sustento que el ordinario, que se reducía á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país, que no fuera la España, apenas se comprenderia que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y después soldado de montaña, llegara á hacerse, sin otra escuela ni instruccion que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á la mas poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres ó, dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (2).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su inícuo accion, respondióles que Roma no acostumbra á premiar á los soldados que asesinan á su jefe. A Cepion le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobado su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

CAPÍTULO III

Numancia

DESDE 140 ANTES DE J. C. HASTA 122

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Infeno rompimiento de esta, y testimonio de la fe romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia y vergonzoso para Roma.—Rómpele el senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépidio.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Línea de circunvalacion.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situacion de Numancia.—Mensaje á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperacion de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroísmo.—Numancia destruida.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtibera, después de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, habia asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo tambien volver á sus casas á los segedanos á quienes habia dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué tambien respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habianse limitado á dar asilo á los celtiberos del partido de Viriato, como antes le habian dado á los de Segeda. Concluida

(2) El historiador inglés Dunhan compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos seria fácil encontrar copias mas exactas de este personaje.